

Santo Tomás de Aquino

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la homilía, como arriba.) Queriendo el Señor darles la oportunidad de un detenido examen de lo que había sucedido, mandó se separasen de Él todos los que habían presenciado el milagro y recibido como prueba los cestos de las sobras; porque podía parecer que Él, estando presente, los había hecho imaginar una cosa que, en realidad, no se verificó, pero, estando Él ausente, era imposible explicar el milagro de esta manera; y por eso dice: "Y Jesús hizo subir luego a sus discípulos en el barco y que pasasen antes que Él".

(SAN JERÓNIMO.) En estas palabras se manifiesta la repugnancia que causaba a sus discípulos al separarse del Señor, pues era tanto lo que le amaban, que ni por un momento siquiera querían desviarse de Él.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, hom. 50 y 51.) Es necesario tener presente, que cuando obra el Señor cosas grandes, despacha a las turbas, dándonos a entender que jamás debemos buscar el aplauso popular, ni hacer que nos siga la multitud. También nos enseña, que no debemos confundirnos continuamente con ella, ni alejarnos siempre de ella, sino que debemos practicar sucesivamente las dos cosas; por eso sigue: "Y luego que despidió la gente, subió a un monte solo", etc; hecho que nos significa cuán buena es la soledad para la oración; por esto se marchó al desierto y permaneció allí en oración toda la noche, para darnos a entender, que debemos buscar para dirigir nuestras súplicas, las ocasiones y los sitios tranquilos.

(SAN JERÓNIMO.) Cuando dice que subió solo a orar, no debemos referirnos a aquél que con cinco panes sació a cinco mil hombres, sino a aquél que, después de saber la muerte de Juan, se retiró a la soledad; no porque trate el Evangelista de dividir la persona del Señor, sino solamente las obras, que son propias de la Divinidad, y las que lo son de la humanidad.

(SAN AGUSTÍN, de coas. Evang., lib. 2, cap. 47.) Parece haber una contradicción, entre lo que nos dice San Mateo, esto es, que después de despedidas las gentes fue cuando subió el Señor solo a orar, y entre lo que pone San Juan, que nos indica, que el Señor estaba en el monte, cuando alimentó a estas mismas gentes. Pero cuando este último nos dice que se fue al monte para evitar el que el pueblo lo cogiese y la aclamara rey, es ciertamente indudable que para alimentar el Señor a tanta gente, debió haber descendido del monte a la llanura. Tampoco hay contradicción entre San Mateo que dice: "Que subió solo a orar al monte"; y San Juan, que pone: que "cuando comprendió el Señor que le iban a coger para proclamarle rey, se retiró solo a la montaña"; porque la razón que tenía para orar, no excluye la que tenía para huir, puesto que el mismo Señor nos enseña, que debemos acudir a la oración siempre que tengamos precisión de huir. Lo que pone San Mateo que, primero, el Señor mandó entrar en el barco a sus discípulos, y que, luego, después de haber despedido las gentes, subió solo a la montaña para orar, no está en oposición con la narración de San Juan, que refiere que, primero, huyó solo a la montaña y que después: "A la caída de la tarde bajaron los discípulos al mar y subieron en un barco", etc. Porque ¿quién no ve que San Mateo no hace más que recapitular lo que el Señor mandó antes de huir a la montaña, y que San Juan lo expone después cuando fue practicado por los discípulos?

(SAN JERÓNIMO.) Con razón se retiraron los Apóstoles con cierto pesar y repugnancia del Señor: temían naufragar, si Él estaba ausente; por esta razón sigue: "Y cuando vino la noche, el barco en medio de la mar era combatido por las ondas".

(San JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 51, como arriba.) Ved aquí otra vez los discípulos expuestos a la tempestad; pero en la primera tenían al Salvador a su lado en el barco; mas ahora están solos; de esta manera van poco a poco aprendiendo a sufrir con valor todos los contratiempos.

(SAN JERÓNIMO.) Cuando el Señor permanecía en la montaña orando, se levanta un viento contrario, agita el mar, y pone en peligro la vida de los Apóstoles hasta la llegada de Jesús.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO.) Y permite que estuvieran toda la noche en peligro, para de esta manera levantar más el corazón de los discípulos después el temor, y excitar en ellos un deseo grandísimo de tener siempre presente al Señor, y de que los socorriese continuamente; por eso no los ayudó en el acto; sigue: "Mas a la cuarta vigilia", etc.

(SAN JERÓNIMO.) Porque el tiempo se dividía por las centinelas y velas militares; al decir, pues, el Evangelista, que llegó el Señor a la cuarta vigilia, nos manifiesta, que toda la noche estuvieron en peligro los discípulos.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) De esta manera les enseña el Señor a no buscar una liberación rápida de los males que sobrevengan, sino a sufrirlos con valor cuando vinieren; cuando creían los discípulos que se habían salvado del naufragio, aumentó su temor; por eso sigue: "Y cuando le vieron se turbaron", etc. Tal es la conducta del Señor: amenaza con cosas las más difíciles y terribles siempre que va a poner fin a algún mal; porque no queriendo probar por más tiempo al justo, y tocando al fin sus combates, le aumenta las dificultades para que sus méritos sean mayores; así lo hizo con Abraham, a quien mandó como última prueba la inmolación de su hijo.

(SAN JERÓNIMO.) La gritería confusa y las voces inciertas, son indicio de un grandísimo alboroto. Y si según Marción y Maniqueo, el Señor no nació de la Virgen, y no era más que una apariencia, ¿cómo se explica ese temor de los Apóstoles cuando creyeron ver un fantasma?

(SAN JUAN CRISÓSTOMO.) Cristo no se dio a conocer a sus discípulos, hasta que gritaron; porque cuanto mayor fuese su temor, mayor sería su alegría al verle presente; por eso sigue: "Mas Jesús les habló al mismo tiempo y les dijo: Tened buen ánimo: yo soy, no temáis"; palabras que calmaron el temor de los discípulos, y les infundieron la confianza.

(SAN JERÓNIMO) Cuando dice: "Yo soy", no añade quién sea Él; ya, porque por el metal de la voz tan conocida de ellos, podían comprender quién les hablaba en medio de las tinieblas de una noche tan oscura; o ya porque podían conocer, que el que les hablaba era el mismo que sabían ellos habló a Moisés en estos términos (Exod. 3) : "Dirás esto a los hijos de Israel: El que es, me ha mandado a vosotros". Pedro dio pruebas en todas las ocasiones de una fe grandísima, y con esta fe tan ardiente, creyó (mientras los demás se callaban) que con el poder de su Maestro podría hacer, lo que no podía con sus fuerzas naturales; por eso sigue: "Y respondió Pedro, y dijo: Señor, si tú eres, mándame venir a ti", etc. Manda tú, Señor, y en seguida las ondas tomarán solidez, y mi cuerpo, que es pesado por sí, se hará ligero.

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dom. serm. 13.) Porque por mí nada puedo, sino por tí. Conoció Pedro hasta dónde alcanzaba su poder, y el de aquél por cuya

voluntad creyó podía hacer lo que no podía la débil naturaleza humana. (SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) Mirad cuán grande es su fervor, cuán grande es su fe; no dijo: ruega, suplica, sino manda; porque no solamente creyó, que podía Cristo andar sobre las aguas, sino también hacer que otros anduviesen; y deseó vivamente ir a Él, no para que hiciera ostentación de este prodigio, sino por el grande amor que tenía a Jesús; porque no dijo: "mándame andar sobre las aguas, sino mándame ir a tí". Es evidente que en el milagro de andar sobre las aguas, se ve el dominio del Señor sobre el mar; pero aun es superior a ese el milagro siguiente: "Y Él le dijo: ven. Y bajando Pedro del barco, andaba sobre el agua".

(SAN JERÓNIMO.) Los que opinan que el cuerpo del Señor no era un cuerpo verdadero, porque marchaba sobre las aguas, sino un cuerpo fluido y aéreo, contesten cómo pudo andar Pedro, que indudablemente era verdadero hombre.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) Pedro, después de haber vencido la mayor dificultad, esto es, el andar sobre las aguas, se asusta en lo que era menos difícil, esto es, en el embate del viento; por eso sigue: "Mas viendo el viento recio tuvo miedo". Porque tal es la naturaleza humana:

frecuentemente obra bien en las cosas grandes, y es digna de reprensión en las insignificantes. El temor de Pedro marca una diferencia grande entre el maestro y el discípulo; pero al mismo tiempo calmaba el temor de sus compañeros, porque si no veían con buenos ojos que los dos hermanos se sentasen a la derecha del Señor, mucho más se habrían disgustado en este caso; esto era debido a que aun no estaban llenos del Espíritu Santo; pero después que tuvieron ese Espíritu, reconocen el primado de Pedro, y le dan la presidencia en todas sus reuniones.

(SAN JERÓNIMO.) Deja tomar algún incremento a la tentación para que aumente su fe, y para que comprenda que su salvación no fue resultado de su súplica, sino del poder del Señor: ardía en su alma la fe, pero la fragilidad humana le arrastraba al abismo.

(SAN AGUSTÍN, De ver. Dom., serm. 13.) Pedro puso, desde luego, su esperanza en el Señor, y todo lo pudo por el Señor: como hombre tuvo miedo, pero se volvió al Señor: por eso sigue: "Y como empezase a hundirse, dio voces, etc." ¿Y podía acaso el Señor abandonar al que zozobraba, oyendo sus súplicas? Por eso sigue: "Y luego, extendiendo el Señor la mano, etc."

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) No mandó el Señor a los vientos que se calmasen, sino que extendió su mano y asió a Pedro, porque era necesario que tuviese fe; porque cuando nos falta a nosotros lo que es propiamente nuestro, lo que es de Dios jamás falta: y para manifestarle que no era el furor del viento, sino su poca fe lo que le hacía temer por su vida, le dice: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" Palabras que dan a entender, que si hubiera tenido mucha fe, no hubiera temido que el viento le dañase. Y así como una madre recoge con sus alas y mete de nuevo en el nido al pollo, que se sale del nido antes de tiempo, y que está a punto de caer, así también lo hizo Cristo; por eso sigue: "Y luego que estuvieron en el barco, le adoraron diciendo: Verdaderamente, Hijo de Dios eres".

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. como arriba.) Ved cómo el Señor va enseñando poco a poco a todos hasta en las cosas más elevadas: antes reprende al mar; y ahora demuestra más su poder andando sobre el mar, mandando a otro andar también, y salvándole cuando peligraba; y por eso

decían de Él: "Verdaderamente Hijo de Dios eres", cosa que hasta entonces no habían dicho.

(SAN JERÓNIMO.) Si, pues, a una sola señal del Señor se calma el mar, (cosa que acontece algunas veces, y por casualidad, después de violentas tempestades) y los que iban en el barco y los que lo conducían, confiesan que el Señor verdaderamente es Hijo de Dios, ¿por qué predica Arrio en la Iglesia que sólo es una criatura?

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dom., serm. 14.) Y en sentido místico, toda montaña es una altura: ¿y qué cosa hay en el mundo más alta que el cielo? Y nuestra fe conoce quién es aquél que sube al cielo; ¿y por qué sube solo? Porque no sube al cielo nadie más que aquél que descendió del cielo (Joan. 3.) Aun cuando al final de los tiempos vendrá El y nos llevará al cielo, aun entonces subirá solo, porque la cabeza con el cuerpo formará un solo Cristo: ahora sube sólo la cabeza; y sube a orar, porque sube hasta el Padre para interceder por nosotros.

(SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) O también: está solo por la tarde, para manifestarnos su soledad durante su pasión, dejándole abandonado los mismos creyentes.

(SAN JERÓNIMO.) Sube también solo a la montaña, porque las gentes no le podían seguir a las cosas elevadas, como no hayan sido enseñadas junto al mar en la ribera.

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dom., serm. 14.) Sin embargo, mientras ora Jesús en la altura, en el profundo del mar es agitada la barquilla por las grandes olas, y puesto que éstas suben, también la barquilla puede quedar sumergida. Tenemos representada la Iglesia por la barquilla, y al mundo por el mar tempestuoso.

(SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) Al mandar el Señor a sus discípulos subir en el barco y atravesar el estrecho, mientras Él despide la gente y sube a la montaña a orar, nos manda vivir dentro de la Iglesia y en medio del mundo hasta que, volviendo en la gloria de su venida, dé la salud al resto del pueblo de Israel, y les perdone sus pecados; después de perdonado el pueblo, o mejor dicho, después de admitido en el reino celestial, Él se sentará dando gracias a Dios Padre, en su gloria y majestad. Sin embargo, los discípulos son entregados a los vientos, y a la mar, y a las tormentas del mundo, que levanta contra ellos el espíritu del mal.

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dom., serm. 14, como arriba.) Cuando alguno que tiene una voluntad perversa, o grandísimo poder, levanta una persecución contra la Iglesia, ésta es la grande ola que azota la barquilla.

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dora., sermón 14, como arriba.) Llegó el Señor a donde estaban los discípulos temerosos de la tempestad, a la cuarta vigilia de la noche, es decir, al finalizar la noche, porque cada vigilia comprende tres horas, y la noche por consiguiente se compone de cuatro viglias.

(SAN HILARIO.) La primera vigilia fue la de la ley, la segunda la de los profetas, la tercera la de la venida corporal, y la cuarta será la de la vuelta de la gloria.

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dom., serm. 14, como arriba.) En la cuarta vigilia de la noche (esto es, casi al terminar la noche), vendrá al finalizar los tiempos (después de pasada la noche de la iniquidad), el Señor a juzgar a los vivos y a los muertos. Mas ha venido ya de una manera maravillosa; porque se levantaban las ondas y las pisoteaba; y por más poderosas que se

levanten las potestades del mundo, su cabeza quedará aplastada bajo los pies de aquél que es nuestra cabeza.

(SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) Y cuando venga el Señor, encontrará cansada a su Iglesia, y rodeada de los males que levantarán el Anticristo y el espíritu del mundo. Y las costumbres del Anticristo empujarán a los fieles hacia todo género de tentaciones, tendrán miedo hasta de la venida de Cristo por el temor que les infundirá el Anticristo con las falsas imágenes y fantasmas que les pondrá a la vista; pero el Señor, que es tan bueno, aleja de ellos ese temor, diciendo: "Soy yo", y rechaza eme la fe en su venida el inminente peligro.

(SAN AGUSTÍN, de quest. Evang., lib. 1, (quest. 14.) O también se significa por las palabras de los discípulos "que era un fantasma", que sólo dudarán de la venida de Cristo aquéllos que se entregaren al diablo. Y cuando Pedro pidió al Señor que le socorriese para no perecer entre las olas, se nos da a entender en esa tribulación de Pedro, que la Iglesia, después de la última persecución, será aun purificada con algunas otras tribulaciones. Esto mismo lo significa San Pablo cuando dice (1, Corint., 3): "El será salvo, pero sin embargo, como por el fuego".

(SAN HILARIO, como arriba.) O también: el adelantarse Pedro a todos los que estaban en el barco para responder y suplicar al Señor que le mandase ir a El sobre las aguas, significa el cariño que tendrá al Señor durante su pasión, a donde le seguirá y le acompañará con desprecio de la muerte; pero su timidez figura la debilidad que había de mostrar en esta prueba futura, en que el miedo de la muerte le llevaría a la negación; y su grito expresa los gemidos de su penitencia.

(SAN HILARIO.) Ved aquí la razón de por qué el Señor no concedió a Pedro, que estaba temblando de miedo, la fuerza necesaria para que Negase a El, sino que le cogió de la mano y le sostuvo: sólo el que había de padecer por todos los hombres perdona los pecados, y no admite compañero alguno en la obra de salvación el que se entrega solo por la universalidad de los hombres.

(SAN AGUSTÍN, De verb. Dom., serm. 13 y 14.) En un solo Apóstol (esto es, en Pedro, el primero del colegio apostólico, y su cabeza, y en quien estaba representada la Iglesia), se nos significan las dos cosas, esto es, la fuerza cuando andaba sobre las aguas, y la debilidad cuando dudó. Cada uno tiene su tempestad en la pasión que le domina. ¿Amas a Dios? andas sobre las aguas y tienes a tus pies el temor del mundo. ¿Amas al mundo?, él te sumergirá; pero cuando tu corazón esté agitado por el placer, invoca la divinidad de Cristo, a fin de vencer las pasiones.

(SAN REMIGIO.) El Señor os socorrerá si tenéis confianza en que por su protección serán alejados los peligros de las tentaciones. Y esto se verificará a la aproximación de la aurora: porque cuando la fragilidad humana, sumergida en las aflicciones, considera sus pocas fuerzas, no ve a su alrededor más que tinieblas; pero cuando levanta su alma hacia los favores celestiales, ve de repente la salida del sol, que ilumina toda la vigilia de la noche.

(SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) También la tranquilidad del viento y del mar al subir el Señor al barco, figura la paz y la tranquilidad, que el Señor concederá a su Iglesia, después de su vuelta de su gloria; y como entonces vendrá con más claridad, con razón dirán todos llenos de admiración: "Verdaderamente Hijo de Dios eres tú". Entonces confesarán

todos completa y públicamente, que el Hijo de Dios ha vuelto, no ya con la humildad de su cuerpo, sino con su gloria celestial, a dar la paz a su Iglesia. (SAN AGUSTÍN, de (quest. Evang., lib. 2, quest. 14.) Porque se nos significa también que su gloria será entonces más clara para aquéllos que marchan ahora por la fe, y entonces verán al Señor en sí mismo.

(Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, tomo II, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 45- 51)